

S^{TA} CLARA, V.

la iglesia donde es particularmente venerada. La perseverancia en estos piadosos ejercicios es señal de predestinacion.

DIA DIEZ Y OCHO.

SANTA CLARA DE MONTE FALCO, VIRGEN.

Santa Clara de Monte Falco, de quien publica tantas maravillas el martirologio romano, nació en Monte Falco, ciudad de Umbria en Italia, cerca de Espoleto, por los años de 1275. Su padre se llamó Damián y su madre Jaquelina, menos distinguidos por su nacimiento que por su mucha piedad, la cual los movió a dar a sus hijos una cristiana educacion. Tuvieron dos hijas: Juana, que pasó toda su vida fervorosa y santamente en cierta comunidad de doncellas que ella misma había formado; y Clara, que fué despues el mas bello ornamento de la misma comunidad. Desde la edad de cinco años tuvo una maravillosa inclinacion a la oracion; hallando en ella tanto gusto, que él mismo daba a entender el verdadero principio de aquellas sobrenaturales luces que ya desde entonces la ilustraban; y como el don de oracion nunca se separa del espíritu de penitencia, apenas comenzó Clara a vivir cuando comenzó a mortificarse. Solo el ver un crucifijo era para ella como un precepto de continua mortificacion. Apenas se pudiera creer que una niña de seis años tuviese no solo valor, ni aun la viniese al pensamiento el macerar su inocente cuerpo tanto como maceró el suyo nuestra santa. Ceñiasele todo con una cuerda llena de apretados nudos; de suerte que, si no se hubiere acudido con tiempo a moderar

los excesos de tan industriosa mortificación, hubiera sido preciso despedazar con crueles incisiones el delicado cuerpecillo para que no le costase la vida.

Sobresaltado el infierno á vista de tan anticipado fervor, puso en movimiento todas sus artes para espantarla y para desalentarla. Sequedades, tentaciones, visiones espantosas, de todo se valió para sofocar en su mismo nacimiento aquellos afectos de devoción que asombraban á los mas perfectos; pero Clara hallaba siempre en la oración y al pié del crucifijo luces para descubrir y armas para vencer todos aquellos artificios. Lo que sobre todo le sirvió de escudo y de asilo mientras duraron aquellas peligrosas pruebas fué la tierna y afectuosa devoción con la Madre de Dios. Y como el amor de Jesucristo es inseparable de una viva devoción á la santísima Virgen, nuestra santa habia nacido, por decirlo así, con el amor á la Reina de las vírgenes, el que se manifestó desde la cuna, y cada dia fué en aumento hasta el último instante de su vida.

No era para el mundo alma tan privilegiada; y así solo suspiraba por el estado religioso. Fueron tantas las instancias que hizo á sus padres para que la dejaran entrar en la comunidad de su hermana, que fué preciso ceder á su inclinación, aunque no tenia mas que seis años, y fué recibida en ella, no como educanda, según lo pedía su corta edad, sino como miembro de la misma comunidad, cuyas santas leyes comenzó á observar con mas fervor que otra alguna. El gozo de verse ya admitida entre las esposas de Jesucristo le inspiró el deseo de manifestarle su reconocimiento. Resolvió ayunar ocho dias consecutivos, y lo hizo con tanto rigor, que en todos ellos no comió mas que un poco de pan seco y una manzana. A la verdad, su misma abstinencia ordinaria y regular parecia cosa de prodigio; apenas comió en un mes lo suficiente

para alimentarse una semana; y cuando la obediencia la obligaba á moderar sus ayunos los domingos y las fiestas principales, todo el regalo se reducía á añadir al pan seco algunas yerbas silvestres, y algunas habas secas remojadas en un poco de agua.

Insaciable en el ansioso deseo de padecer por Jesucristo, añadía continuamente á su abstinencia comun espantosas penitencias. Nunca gastó otra cama que una tabla ó la desnuda tierra; el suelo y las paredes de su celda, teñidas de su sangre, daban testimonio de la inocente crueldad de sus disciplinas; y un horroroso cilicio, de que rara vez se desnudaba, era buen testigo de los excesos de su mortificación. Es verdad que no faltaban consuelos á una alma tan pura y tan penitente. Su oración era un éxtasis continuo; y en estos largos y frecuentes raptos, ¿qué abundancia de celestiales dulzuras, qué torrente de espirituales delicias no inundaría aquel corazón abrasado en el fuego del divino amor? Aparecíasele frecuentemente la santísima Virgen, que la miraba como á una de sus mas amadas hijas. Presentóle un dia á su divino Hijo en figura de un ~~hermosísimo~~ niño; y se halló entonces la santa tan ~~extraordinariamente~~ iamente encendida en el amor del Hijo y de la Madre, que sin milagro no pudiera sobrevivir á tan insigne favor.

Su hermana Juana, que con tanto zelo y con tanta prudencia gobernaba aquella comunidad, viendo que cada dia se iba aumentando el número de sus hijas, determinó edificar otro monasterio mas capaz sobre una colina, en un sitio que la aparición de una milagrosa cruz parecia haber señalado para el nuevo convento. Vencidos felizmente todos los estorbos y dificultades que se opusieron á su piadoso intento, trasladó á él todas sus hijas, y habiendo suplicado al obispo de Espoleto, diocesano suyo, que les diese alguna regla, recibieron la de san Agustin, y hechos

los votos en manos del mismo obispo, formaron desde entonces una nueva comunidad religiosa. Los gastos de la fábrica habían reducido la comunidad á la precision de recurrir á las limosnas de los fieles para mantenerse; y como toda la ambicion de Clara era por los oficios mas humildes y mas penosos, le dieron el de limosnera. Ejercióle su modestia mas que su lengua aquella pedia y esta callaba. Nunca se levantó el velo ni entró jamás en casa alguna; arrimábase á la puerta, y allí se estaba como si estuviera en oracion. Siendo el oficio tan distraido y tan penoso, no fué capaz de distraerla ni un solo momento, ni de obligarla á moderar su abstinencia. Cuando volvía á casa quebrantada de las fatigas del día, su descanso era entrarse en el coro, y pasar de ordinario en oracion toda la noche. Temiendo la prelada que un oficio tan trabajado arruinase la débil y delicada salud de nuestra santa, la exoneró de él; pero presto encontró Clara el secreto de recompensar esta indulgencia con nuevas mortificaciones.

Consideraba su cuerpo como una victima que todos los días queria sacrificar á la divina justicia por los pecados que se cometian, y tomó la resolucion de no aliviarse nunca del cilicio, sino para despedazarle con sangrientas disciplinas. En la exacta observancia de las reglas llegó hasta el punto de donde era dificultoso pasar. Parecióle un día que había quebrantado la regla del silencio por haber dicho algunas palabras que pudo excusar, y en penitencia se condenó á rezar cien veces el Padre nuestro con los piés desnudos sobre agua helada. Dijole un día su hermana y superiora que, cuando hablase con su propio hermano, no había inconveniente en que se levantase el velo; á que respondió la santa: *Pues solo se habla con la lengua, permítame que tenga cubiertos los ojos y la cara.* Su profundo recogimiento era efecto de su íntima union con

Dios. La materia continua de su oracion era la pasion de Jesucristo. Quien ve á Jesucristo clavado en una cruz, decia la santa, ¿cómo puede pensar en otra cosa?

En la comunión gustaba tantas delicias espirituales, que eran para ella como precursores de los gozos de la gloria. Llamábanla el serafín en carne mortal. Su aire, su modestia, sus conversaciones y hasta su mismo silencio, todo inspiraba aquel fuego del divino amor que abrasaba y consumía su alma. A este inflamado amor de Dios correspondía su ardiente caridad con sus hermanas y con el prójimo. Cualquiera oficio penoso del monasterio le parecia muy superior á las fuerzas de sus hermanas, y todos juntos los juzgaba muy inferiores á las suyas. Quería cargar con todos á esfuerzos de su gran corazón y de su valor, y con efecto ella servía todos los mas trabajosos; para los mas bajos y los mas humildes decia siempre que tenia especial talento; y no le podían dar mayor gusto que cargarla bien de este género de oficios.

Murió su hermana con la muerte de los justos, como lo supo Clara por divina revelación, y de unánime consentimiento fué nombrada por superiora. Era la humildad su amada virtud, y se sobresaltó extrañamente con aquella elección. En vano añadió las lágrimas á los ruegos; en vano representó su edad, sus imaginarias imperfecciones, su poca salud; no se dió oídos á su invencible repugnancia. Solo la consoló el pensamiento de que ya tendría libertad para escoger lo mas abatido de la casa, y de que ninguna podría poner límites á sus penitencias.

Una superiora de tan eminente santidad presto comunicó el fervor y la perfección á todas sus súbditas; sus ejemplos eran regla viva, y su valimiento con Dios, fecundo manantial de bendiciones para toda la casa. Halláronse sin pan las monjas en una carestía univer-

sal que afligió al pueblo de Monte Falco; recurrió á Dios nuestra santa, y luego que acabó su oracion, llegaron á la puerta del convento dos ángeles en figura de dos gallardos mancebos, cargados cada uno con un cesto lleno de pan: milagroso socorro que se continuó todo el tiempo que duró la carestía.

Aunque estaba todavía en su primitivo fervor aquella reciente comunidad, no obstante, la nueva superiora dispuso algunas reglas que perfeccionaron maravillosamente aquel nuevo instituto, haciendo al monasterio de Monte Falco modelo cabal de comunidades religiosas. Reformó los locutorios, convirtiéndolos en oratorios, y se desterró de ellos toda visita y toda conversacion aseglarada. Las religiosas no se dejaban ver de los de fuera. La conversacion habia de ser de Dios; y para que aun esto durase poco, estaban en una postura incómoda y penosa. En lo interior del convento solo se veian imágenes ó instrumentos de la pasion de Cristo. Resplandecia en todo la pobreza, y aunque el convento tenia sus rentas, todas las monjas eran extremadamente pobres.

A vista de tan santa y fervorosa superiora no era fácil dar lugar á la imperfeccion y á la tibieza; sus ejemplos, sus palabras y sus milagros inspiraban en todas los deseos de la mas alta perfeccion. Su caridad prevenia aun las mas mínimas necesidades, y pegaba su fervor á las mas tibias. Cautivaba á las enfermas la frecuencia con que las visitaba, y el amor con que de día y de noche las servía. Viendo en cierta ocasion furar una llaga que causaba horror, se desmayó; volvió en sí, y condenando su poco valor y su demasiada delicadeza para vencerla, resolvió curar por su propia mano á la paciente; hizolo, besó la llaga, y desde entonces no volvió á sentir mas repugnancia. Sus palabras eran tan poderosas como sus obras, y no habia resistencia á la eficacia de sus oraciones. Por

raro pecador pidió á Dios que no se convirtiese. Abrasado todo el país en las rencillas y discordias que sobrevinieron entre los vecinos de Monte Falco y los de Trebi, Florencia, Arezo, Espoleto y Reati, apenas levantó Clara las manos al cielo, cuando á ellos se les cayeron las armas de las suyas; y aquellos pueblos, que ninguno habia podido componer, convinieron en todo luego que se encomendaron á las oraciones de nuestra santa.

Sus enfermedades casi continuas, sus vivisimos dolores y sus excesivas penitencias la tenian en una perpetua cruz, y con todo eso, cada dia estaba mas insaciable de mortificaciones. Movida del ardentísimo deseo de padecer por amor de Jesucristo, pidió á su divino Esposo la gracia de que experimentase en su cuerpo y en su alma todos los dolores y amarguras de su pasion. Fué oida abundantemente. Apareciósele el Salvador con la cruz á cuestras, y le dió parte en los dolores que padeció. Fué tan viva la impresion, y los dolores tan vehementes, que no le era posible resistirlos; pero la misma mano que los comunicó le dió fuerzas milagrosas para que no muriese á violencias del dolor. Despues que recibió del cielo este insigne favor, tuvo siempre una vida penosísima y extremadamente débil. Decia que era ya la esclavita de la santísima Virgen en el monte Calvario, inseparable de aquella afligida Madre dolorosa. Pero ni aun este fué su mayor martirio.

Hablando un dia con sus hijas de los celestiales consuelos que se experimentan en la frecuente meditacion de la pasion de Cristo, una religiosa jóven le dijo con aire y en tono un poco vivo: *Madre, V. R. nos pondera mucho las exquisitas dulzuras y el suavísimo dolor que se experimenta en esas meditaciones del Calvario, pero yo solo hallo disgustos y sequedades en esas tristes meditaciones.* Indignóse la santa al oír una vi-

vez de tan poca edificacion, y dejándose llevar de aquel primer movimiento, le manifestó no sin algun exceso. Castigó Dios bien rigurosamente una falta tan fijera. Desde aquel punto y por espacio de once años fué su oracion un continuo ejercicio de tormento; acabáronse los gustos; acabáronse las visiones; acabáronse los consuelos sensibles; y por decirlo así, se vió como entregada á merced de todo el infierno junto. En adelante, todo fué tentaciones abominables, espantos continuos, sequedades, turbacion, inquietudes, impetus de desesperacion. Lloraba, gemia, doblaba las penitencias, clamaba por misericordia; pero el cielo parecia de bronce: Dios y la santísima Virgen se mostraban sordos é insensibles á sus clamores. En fin, volvió la calma despues de once años de purgatorio. Aplacado el divino Esposo, y dándose por satisfecho de su larga inmutable perseverancia, la hizo oír su voz, la consoló y le restituyó con cien dobladas usuras sus antiguos favores. Desde allí adelante todos fueron éxtasis, visiones y consuelos celestiales. En una de aquellas visiones extraordinarias, le dijo Jesucristo que, en señal de lo agradable que le era la tierna devoción que profesaba á su pasion, queria grabar en su corazon todos los instrumentos de ella. Desde aquel instante sintió en él continuamente todos los dolores que correspondian á cada uno. Descubrió en confianza á algunas de sus hijas y á su confesor esta merced que le habia hecho el Señor; y desde entonces quedaron persuadidos á que, despues de su muerte, se verian señalados estos instrumentos en su corazon.

Favoreció Jesucristo con muchos dones á esta su crucificada esposa. Tuvo en grado eminente el de profecía y el de milagros. Se asegura que resucitó dos muertos, y que dió salud repentina á muchos enfermos. Canonizaronla en vida, digámoslo así, pues

no le sabian dar otro nombre que *la santa de Monte Falco*. Concurrían de países muy remotos para encomendarse á sus oraciones; y los prelados, los cardenales y los principes se tenían por muy dichosos en merecerle alguna parte en su memoria. Quiso, en fin, el Señor premiar tan santa vida; revelóle en un éxtasis el dia de su muerte; dispúsose para ella redoblando su fervor. Pidió que le administrasen los sacramentos, aunque no parecia estar de particular cuidado; y habiendo exhortado á todas sus hijas á una tierna devoción con Jesucristo crucificado y con la santísima Virgen, murió con la muerte de los justos el dia 18 de agosto del año 1308, cerca de los treinta y tres de su edad, que casi todos los habia pasado en el monasterio. Quedó su rostro mas brillante y mas encendido, despues de su muerte, que lo que estaba en vida. Quisieron sus hijas absolutamente ver su corazon. Abriéronla, y se hallaron tan perfectamente grabados los instrumentos de la pasion, que se juzgó muy conveniente manifestar al público esta maravilla. Dióse parte al señor obispo de Espoleto, quien envió á su provisor á reconocerla. Este trató al principio el caso de embuste ó de ilusion; mostráronle el santo corazon; pero creyó que se habia grabado artificialmente, lo que se pretendia pasase por milagroso. Para hacer la prueba, mandó que se dividiese el mismo corazon en su presencia, y se hallaron visiblemente grabados los mismos instrumentos en las dos superficies interiores. Dió entonces orden de que se dividiese en cuatro partes, y en cada una de ellas se registraron todos igualmente grabados. Hizo gran ruido un milagro tan auténtico. Concurrió todo el pueblo al convento; hicieronle magnificas exequias, y muy desde luego se comenzó á trabajar en el proceso de su canonizacion. El año de 1316, ocho

después de su muerte, el papa Juan XXII expidió dos bulas al principio de su pontificado, procediendo en ellas á la ceremonia; y el papa Urbano VIII permitió á todos los religiosos y religiosas de san Agustín que celebrasen su fiesta. El martirologio romano habla de nuestra santa en estos términos: *En Monte Falco de Umbría, santa Clara, virgen, religiosa de la orden de los Ermitaños de san Agustín. Venéranse hasta el día de hoy con mucha devoción los sagrados misterios de la pasión de Jesucristo, que este se dignó grabar en su corazón.*

MARTIROLOGIO ROMANO.

En Palestina, la fiesta de san Agapito, mártir, que, abrasado en amor divino á la tierna edad de quince años fué preso de orden del emperador Aureliano. Desde luego, fué desapiadadamente azotado largo rato con unas vergas; después padeció suplicios todavía mas crueles bajo el prefecto Antioco; por último, habiendo sido echado á los leones por mandado del emperador, como no recibiese ningun mal de los animales, cayó bajo la cuchilla del verdugo que le labró la corona.

En Roma, san Juan y san Crispo, presbíteros, quienes, durante la persecucion de Diocleciano, enterraron con la mayor solícitud los cuerpos de muchos santos, por cuyos méritos, habiendo sido asociados á ellos con el tiempo, se hicieron dignos de la gloria eternal.

En el mismo lugar, san Hermas, san Serapion y san Polieno, mártires, que, arrastrados por lugares estrechos y escabrosos, entregaron el alma á Dios.

En Hiria, san Floro y san Lauro, canteros de profesión, mártires, que, después del martirio de sus años Próculo y Maximo, padecieron muchos tormen-

tos, y fueron arrojados, de orden del presidente Licion, en un pozo muy hondo.

En Mira en Licia, san Leon y santa Juliana, mártires.

En Roma en la via Lavicana, santa Helena, madre del piadosísimo emperador Constantino el Grande, el primero que dió á los principes el ejemplo de defender y propagar la Iglesia.

En Monte Falco en Umbría, santa Clara, virgen, religiosa del orden de los Eremitas de san Agustín, en cuyo corazón se veneran con la mayor devoción los misterios renovados de la pasión de Nuestro Señor.

En Metz, san Fermin, obispo y confesor.

En Poitiers, san Agon, obispo de otra silla. Había en aquella ciudad una iglesia de su nombre.

En Paris, la recepción de la santa Corona de espinas de Nuestro Señor.

Cerca de Utica en Africa, el natalicio de los trescientos mártires conocidos con el nombre de la Masa Cándida.

En el Ponto, san Pontimo, santa Heliena y santa Marciana, vírgenes, santa Pilencia y santa Lancía, todos mártires, mencionados en el martirologio de san Jerónimo.

En Pérgamo, san Proyecticio, diácono, mártir.

En Irlanda, san Dageo, fundador de campanas, y luego obispo de Iniscoindaga en Ultonia.

La misa es de la octava de la Asuncion, y la oracion en honor de santa Clara la siguiente:

Exaudi nos, Deus salutaris noster; ut sicut de beatæ Claræ virginis tuæ festivitate gaudemus, ita piæ devotionis erudiamur affectu. Per Dominum

Oyenos, ó Dios, que eres nuestra salud, para que, así como la fiesta de tu virgen la bienaventurada Clara da materia á nuestro gozo, así tam-

nostrum Jesum Christum... bien recibamos el fervor de una santa devocion. Por nuestro Señor Jesucristo....

La epístola es del cap. 24 de la Sabiduría, y la misma que el día XV, pág. 325.

NOTA.

« El libro del Eclesiástico, de donde se sacó esta epístola, es, como ya se ha dicho, un compendio de todos los libros de Salomon; y por eso le da la Iglesia el nombre de la *Sabiduría*, cuyo elogio se hace en este capítulo. En él describe el autor su origen y sus admirables efectos; y es claro que el Espíritu Santo que le inspiraba tenía en la idea el retrato de la santísima Virgen, madre del Verbo encarnado, quien es solo la verdadera sabiduría. »

REFLEXIONES.

El Señor me dijo: Habita en Jacob; sea tu herencia Israel, y echa raíces en mis escogidos. Seria desacierto buscar verdaderos devotos de la santísima Virgen en otra parte que entre los escogidos de Dios; ellos son herencia de la Madre, puesto que lo son del Hijo. Con los otros solo está, por decirlo así, como de paso; pero entre los predestinados vive de asiento. Ellos son sus hijos, y ella es su madre, y este es el principio de su verdadera devocion. ¿De dónde nace aquella aversion, aquel desvío, ó por lo menos aquella indiferencia con que todos los herejes miran á la santísima Virgen? Ninguno hay que no se haya declarado contra ella; ninguno, que no califique de indiscreta la devocion de sus hijos; ninguno, que no procure desterrar ó á lo menos disminuir su culto; ninguno, que no condene la ardiente, la afectuosa, la re-

verente devocion que los fieles le profesan. Todo esto nace de lo que canta la Iglesia que la Virgen fué siempre y siempre será el escollo contra el cual se han estrellado todos los errores; y ella sola triunfó de todas las herejias. Apenas se levantó alguna en el cristianismo que no la hubiese atacado; pero ni una sola hubo que la Señora no hubiese confundido: *Cunctas hæreses sola interemisti in universo mundo*, dice san Agustin, y con él la Iglesia toda. Este es un efecto de aquella mortal enemistad que predijo Dios habia de poner eternamente entre la mujer y la serpiente; y porque aquella quebrantó á esta la cabeza, esta procura morderla en el carcañal: *Ipsa conteret caput tuum, et tu insidiaberis calcaneo ejus*. Esta es la verdadera causa que puso y pondrá siempre de mal humor contra la santísima Virgen á todos aquellos en quienes el demonio tiene alguna autoridad. Pero esa misma es la que alienta la confianza de los verdaderos fieles. Despues de la victoria que consiguió del dragon infernal, siendo madre de nuestro Salvador, despues del casi ilimitado poder que se le concedió como á madre de tal hijo, ¿qué le falta de todo aquello que puede esforzar nuestra confianza? Si se quiere conseguir la gracia; si desea uno armarse de poderosos auxilios, de fuertes defensivos contra los peligros; si se aspira á merecer la salvacion, acudamos á Maria, invoquemos á Maria, seamos devotos de Maria. Si estamos obligados á creer lo que cree la Iglesia como regla de nuestra fe, no lo estamos menos á obrar lo que obra la Iglesia como regla de nuestras costumbres; pues la Iglesia todos los días dirige muchas oraciones á la Madre de Dios para implorar su asistencia. Siempre comienza y siempre acaba el oficio divino con una oracion particular á la santísima Virgen. Continuamente tenemos necesidad de la gracia; pues la Virgen es la madre de ella. La hora mas crítica para

nosotros es la hora de la muerte, aquel es el momento mas decisivo de nuestra suerte eterna; pues la santísima Virgen es en el nuestro asilo, nuestro consuelo, nuestro amparo y nuestro refugio. Por esto, la Iglesia incesantemente le está pidiendo que nos asista ahora y en la hora de nuestra muerte: *Nunc, et in hora mortis nostrae.*

El evangelio es del capítulo 10 de san Lucas, y el mismo que el día XV, pág. 328.

MEDITACION.

LA AUGUSTA DIGNIDAD DE MADRE DE DIOS.

PUNTO PRIMERO.

Considera que la dignidad de madre de Dios, como dice santo Tomás (1. *quest.* 25), es en cierta manera infinita, incomprensible al humano entendimiento, pues tiene por término á Dios, y queda comprendido en su concepto; porque quien dice *madre*, dice necesariamente *hijo*; y quien dice *madre de Dios*, dice necesariamente un hijo que es el mismo Dios. Y como no hay entendimiento humano que pueda comprender la dignidad de hijo de Dios, tampoco le hay que pueda comprender la de su divina madre. *Concibe*, dice san Gregorio (In lib. 1 *Reg.*), *qué cosa es ser hijo de Dios, y entonces concebirás qué cosa es ser madre suya. Por la excelencia del uno llegarás á conocer la excelencia de la otra.* Pregúntasme, dice san Eucherio, quién es la madre; pues pregúntame antes quién es el hijo: *Queritis qualis mater? querite prius qualis filius.* Con efecto, esta es la mayor y la mas estrecha alianza que una pura criatura puede contraer

con Dios; fuera de la union hipostática, no es posible concebir otra mas estrecha que la de una madre con un hijo. Por eso dijo Alberto Magno que desde el mismo instante en que comenzó á ser madre de Dios la santísima Virgen, no se pudo unir mas íntimamente con Dios, á menos que no fuese tambien Dios ella misma: *In hac Annuntiatione sanctissima Virgo magis Deo conjugii non potuit, nisi fieret Deus* (Serm. de Assumpt.). Por lo mismo, dijo san Agustin, ó á lo menos su discípulo san Fulgencio, que, siendo la carne de Cristo carne de Maria, *caro Christi, caro Mariae*, en virtud de haber encarnado y nacido de sus entrañas, la Madré y el Hijo, por decirlo así, eran una misma cosa: *Unum effecit Matrem et Filium.* Fundado en esta verdad, afirma san Buenaventura que la augusta dignidad de madre de Dios es como el último esfuerzo del divino poder. Puede Dios, dice el santo, hacer un mundo mayor que este que hizo; criar un cielo mas vasto, un sol mas resplandeciente, un fuego mas puro, una tierra mas fértil; pero no puede hacer una madre mas noble, mas respetable, mas excelente, mas augusta, que la madre de Dios: *Majorem matrem quam matrem Dei facere non potest.* ¿Hemos hecho nunca reflexion sobre esta incomprensible dignidad de la santísima Virgen? Solamente aquellos, dice san Pedro Crisólogo, que no conocen quién es Dios, dejan de admirar con asombro la inefable grandeza de su madre: *Quantus sit Deus ignorat, qui hujus Virginis mentem non stupet, animum non miratur* (Serm. 140). En esto se fundan los santos padres, particularmente san Crisóstomo y el bienaventurado Pedro Damiano, para decir que todo el conjunto de lo grande, lo mas noble, lo mas perfecto que se encuentra en todas las puras criaturas juntas, querubines, serafines, primeras inteligencias celestiales, todo es menos que la santísima Virgen, y solo es mas que